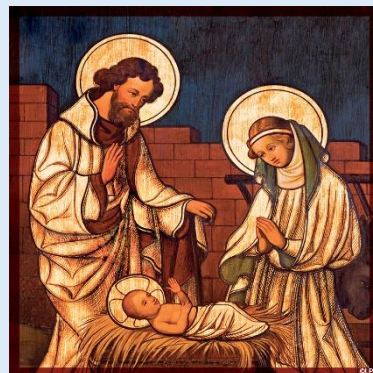


# Fiesta de la Sagrada Familia

---

Mi Querida Familia,

La fe y el amor son el fundamento de todo hogar. Al celebrar la Fiesta de la Sagrada Familia, se nos invita a reflexionar sobre Jesús, María y José, especialmente en su experiencia de dificultad, exilio y vulnerabilidad como refugiados. Su huida a Egipto nos recuerda hoy a los millones que huyen del hambre, la guerra y el peligro, y que con frecuencia encuentran rechazo y explotación.



El papa Francisco nos advierte sobre los exiliados ocultos dentro de nuestros propios hogares: los ancianos que son relegados, los solitarios que sufren tras puertas cerradas y aquellos que se sienten abandonados o invisibles. Su exilio es un escándalo en una sociedad rica en recursos pero pobre en compasión. El Evangelio nos desafía a enfrentar esta realidad dolorosa y a actuar. No podemos proclamar la dignidad humana mientras permitimos que quienes están más cerca de nosotros se marchiten en silencio. Cristo nos llama a devolverlos al corazón de nuestras familias, parroquias y comunidades, porque donde los olvidados son acogidos, el Reino de Dios se hace presente.

En la Sagrada Familia encontramos un modelo para nuestras propias familias, que nos guía tanto en las alegrías como en las dificultades. Todas las familias enfrentan desafíos, pero estamos llamados a hacer de nuestros hogares lugares de amor, crecimiento y santidad.

Las familias no están llamadas a ser perfectas, sino a ayudarse mutuamente a crecer en virtud, compasión y fe. El amor y el perdón están en el corazón de este camino. Así como Jesús, María y José se apoyaban y se perdonaban entre sí, también nosotros debemos permanecer unidos, especialmente en los tiempos difíciles. Al honrar la vocación que Dios ha dado a cada persona, permitimos que cada miembro siga el plan de Dios, incluso cuando ello requiere sacrificio o dejar ir.

La Sagrada Familia nos enseña que Dios está presente en toda lucha humana y en toda esperanza de seguridad y dignidad. Su vida sencilla en Nazaret es un modelo para nosotros, pues nos anima a construir hogares marcados por el amor, el perdón y el apoyo mutuo. Tres palabras sencillas —“permiso,” “gracias,” y “perdón”— tienen el poder de traer paz y alegría a la vida familiar.

Las familias también tienen una misión esencial en la Iglesia y en la sociedad. El hogar es el primer lugar donde se vive y se comparte el Evangelio. Encomendamos todas las familias a María y José, pidiendo su guía para que cada hogar pueda cumplir la misión de Dios con dignidad y paz.

La fe debe ser el latido del corazón de la vida familiar. Al volver a prácticas sencillas —la oración en familia, la lectura de la Escritura y el tiempo compartido— invitamos a Dios a nuestros hogares. Así como María acogió a Jesús en su vida, también nosotros podemos hacer de nuestros hogares iglesias domésticas, santuarios donde Dios habita. Incluso unos pocos minutos de oración diaria pueden transformar nuestros hogares en lugares de paz, amor y unidad.

La familia es un círculo de fortaleza, donde sus miembros se apoyan mutuamente y llevan juntos las cargas. Los padres se sacrifican por amor a sus hijos, y cada miembro está llamado a contribuir al bien de la familia y de la comunidad. A través del amor, la paciencia y el cuidado mutuo, nuestros hogares se convierten en reflejos de la misericordia de Dios.

La vida familiar es una escuela del amor. Nos enseña cómo ama Dios: incondicionalmente, pacientemente y con perdón. En ella aprendemos compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia, como nos exhorta San Pablo. Aunque la Sagrada Familia es nuestro ideal, nuestras familias imperfectas nos ayudan a crecer en santidad precisamente porque nos desafían a amar más profundamente. Al dar gracias a Dios por el don de nuestras familias y reconocer cómo nos acercan a Él, crecemos en virtud y en amor.

Que Dios bendiga a todas nuestras familias con paz, fortaleza y unidad. Que nuestros hogares sean lugares donde su amor sea acogido, compartido y vivido, acercándonos más en la fe y en la caridad.

Con cuidado pastoral,

P. Vilaire Philius